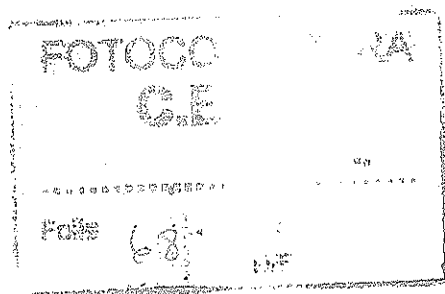


La segunda subfase: Ejercitación locomotriz

MAHLER



El primer período de ejercitación

La subfase de diferenciación se superpone con el período de ejercitación locomotriz. En el curso del procesamiento de nuestros datos, descubrimos que era útil concebir el período de ejercitación como dividido en dos partes: 1) la primera fase de ejercitación, anunciada por la más temprana capacidad del infante de alejarse físicamente de su madre gateando, haciendo pinitos, trepando y poniéndose de pie, pero aún agarrado; y 2) el período de ejercitación propiamente dicho, caracterizado fenomenológicamente por la locomoción vertical libre.

Al menos tres desarrollos interrelacionados, aunque discriminables, contribuyen a que el niño haga sus primeros progresos hacia la conciencia de separación y hacia la individuación. Estos son la rápida diferenciación corporal de la madre; el establecimiento de un vínculo específico con ella; y el desarrollo y funcionamiento de los aparatos autónomos del yo en estrecha proximidad con la madre.

Estos desarrollos parecen preparar el camino para que el interés del infante por su madre se extienda (mucho más definidamente que hasta entonces) a los objetos inanimados, al comienzo provistos por ésta —una frazada, un pañal, un juguete que ella ofrece, o el biberón con que se despide del infante por la noche—. El infante explora estos objetos visualmente e investiga su gusto, textura y olor con sus órganos perceptuales de contacto, particularmente la boca y las manos. Alguno de estos objetos puede transformarse en un objeto transicional. Además,

cualquiera sea la secuencia en que se desarrollan estas funciones durante la subfase de diferenciación, es característico de este estadio temprano de ejercitación que si bien hay interés y concentración en estas actividades, el interés por la madre parece tener decidida precedencia.

La maduración de las funciones locomotrices y de otro tipo durante el primer período de ejercitación producía el más saludable efecto sobre los niños que tenían una relación simbiótica intensa pero insatisfactoria. Parecería posible que esto se vinculara, al menos en parte, con un proceso de desvinculación satisfactoria simultánea en las madres. Las madres que se habían mostrado muy ansiosas porque no podían aliviar la desazón de su bebé durante las fases simbiótica y de diferenciación, se sentían ahora muy aliviadas cuando sus hijos se volvían menos frágiles y vulnerables y un poco más independientes. Estas madres y sus hijos no habían sido capaces de experimentar un tranquilo placer en el estrecho contacto físico, pero ahora podían gozar uno de otro desde una distancia un poco mayor. Estos mismos niños se mostraban más relajados y capaces de usar a sus madres para obtener satisfacción y seguridad.

Por contraste, se observó otra pauta de interacción madre-hijo durante el primer período de ejercitación, en los niños que buscaban más activamente la cercanía física con la madre, niños cuyas madres tenían la máxima dificultad en relacionarse con ellos durante el proceso de distanciamiento activo. A estas madres les agradaba la cercanía de la fase simbiótica, pero una vez que esta fase había pasado, habrían preferido que sus hijos ya estuvieran "crecidos". Es interesante el hecho de que a estos niños les resultó relativamente difícil crecer; fueron incapaces de gozar su incipiente capacidad para distanciarse y exigían muy activamente la cercanía.

La expansión de la capacidad locomotriz durante la primera subfase de ejercitación amplía el mundo del niño; no sólo tiene éste un rol más activo en determinar la cercanía y distancia con su madre, sino que las modalidades hasta entonces utilizadas para explorar el ambiente relativamente familiar lo exponen repentinamente a un segmento más amplio de realidad; hay más que ver, más que oír, más que tocar. La manera en que se experimenta este nuevo mundo parece estar sutilmente relacionada con la madre, que aún es el centro del universo del niño, desde el cual éste va saliendo sólo gradualmente hacia círculos cada vez más amplios.

Hace poco tiempo uno de nosotros (A. B.) tuvo la oportunidad de observar de cerca a un bebé de 7 meses durante este período inicial del funcionamiento locomotor activo, que coincidió con una separación de sus padres por 2 semanas, seguida de reencuentro. El bebé había sido descrito como particularmente tranquilo y relajado. Recibía

cón alegría a las personas nuevas y manifestaba su curiosidad y deleite. Examinaba prolijamente a todas las personas nuevas tanto visual como táctilmente. Durante la ausencia de sus padres quedó con sus abuelos, a los que conocía muy bien. Esto coincidió en el tiempo con su rápido cambio, de bebé de brazos a bebé en separación. Comenzó a gatear y a ponerse de pie. Sin embargo, estas nuevas habilidades que adquiría le acarrearón más dolor que placer. Se caía con frecuencia y lloraba mucho después de cada caída. No obstante, insistía en repetir la experiencia penosa, y este niño muy quieto y tranquilo pareció de repente muy impulsivo. Vemos aquí claramente la poderosa gravitación de lo innato dado, el impulso de individuación. El niño mantuvo su relación positiva con las personas que lo rodeaban, y le gustaba que lo pasearan, le cantaran y lo consolaran. Cuando volvió la madre, el niño tuvo al comienzo una crisis bastante fuerte de reencuentro, lloró inconsolablemente por un rato y no permitió a la madre que lo alimentara o lo pusiera a dormir. Sin embargo, al día siguiente había recuperado su anterior yo tranquilo y sonriente. Esta reacción a separaciones breves, que es peculiarmente específica de reencuentros madre-hijo en la segunda mitad del primer año, podría entenderse metapsicológicamente en función de la escisión que aún existe en las imágenes parciales internas de la madre. La escisión se activa fácilmente a raíz de tales ausencias breves; la madre de la separación debe ser reintegrada como la madre simbiótica "toda buena", de modo de no dañar o destruir el objeto bueno. Si bien el niño siguió ejercitando sus nuevas habilidades, la cualidad de impulsividad y las frecuentes caídas disminuyeron rápidamente. Con la madre como ancla, un centro para su mundo, la parte frustradora de las nuevas experiencias y exploraciones volvió a ser manejable, y predominó la parte placentera de la exploración. Este fragmento de observación personal se adapta muy bien a las observaciones realizadas durante nuestros estudio, a saber, que las exploraciones tempranas sirven a los fines 1) de establecer familiaridad con un segmento más amplio del mundo, y 2) percibir, reconocer y gozar de la madre desde mayor distancia. Descubrimos que los niños que tenían el mejor "contacto a distancia" con la madre eran los que se aventuraban a alejarse más de ella. En casos en que había demasiado conflicto por el proceso de separación o demasiada resistencia a abandonar la cercanía, los niños mostraban menos placer durante este período. Pero las reglas simples tampoco son aplicables a estos procesos.

Por ejemplo, el niño cuya madre sólo podía aceptarlo realmente como una parte simbiótica de sí misma e interfería activamente con sus intentos de alejarse, parecía perder totalmente contacto con su madre cuando estaba a cierta distancia de ella. En cambio, una niña cuya madre gozaba mucho de la cercanía fue muy capaz de mantener contac-

to con ella a cierta distancia; en verdad, la beba fue especialmente capaz durante este período de utilizar a su madre y se sentía reasegurada con sólo tenerla a la vista u oír su voz. Al mismo tiempo, esta niña mostraba con bastante precocidad un decaimiento general de su ánimo cuando su madre no estaba en la habitación, es decir, cuando se interrumpía la fuente de reaseguro a distancia.

También hemos observado en este período temprano de ejercitación que el "pichón en ciernes" se complace en su naciente relación con el mundo de "otros que no son la madre". Por ejemplo, hemos observado a un niño de 11 meses que durante esta fase tuvo que sufrir hospitalización por una semana. Parecía estar frustrado sobre todo por su confinamiento en una cuna, de modo que recibía con alegría a *cualquiera* que lo sacara de ella. Cuando retornó del hospital, la relación con su madre se había vuelto menos exclusiva, y el niño no mostraba reacción de aferramiento ni ansiedad de separación; en ese momento su mayor necesidad en el Centro y en el hogar era que lo hicieran pasear llevándolo de la mano. Si bien seguía prefiriendo que esto lo hiciera su madre —con y para él—, aceptaba fácilmente sustitutos.

Margie y Matthew (que sólo tenían un mes de diferencia) habían progresado sin altibajos durante la fase simbiótica y también en la primera subfase (diferenciación). Ambos niños podían "esperar con confianza" que sus madres aliviaran sus tensiones instintivas, que estuvieran emocionalmente disponibles. A los 10 meses de edad se observó que ambos infantes entraban en el período de ejercitación con gran investimento de interés en sus incipientes funciones motrices y en otras funciones autónomas del yo. Por largos espacios de tiempo se dedicaron satisfechos a explorar el ambiente físico por sí mismos, mostrando lo que Hendrick (1951) ha descripto como placer del dominio o destreza (lo que C. Bühler denomina *Funktionslust*). Los niños retornaban a sus madres de tiempo en tiempo para reabastecimiento emocional. Ambas madres aceptaron la gradual desvinculación de sus infantes deambuladores y promovieron el interés de éstos en la ejercitación locomotriz. Las madres estaban emocionalmente disponibles, de acuerdo con las necesidades de los niños, y les proporcionaban el tipo de apoyo maternal necesario para el desenvolvimiento óptimo de las funciones autónomas del yo.

La madre de Anna, en cambio, era incapaz de proveer una disponibilidad óptima, de modo que la capacidad de su hija para la expectativa confiada estaba muy exigida. La maduración de las incipientes funciones yojicas de Anna ocurrió a tiempo, pero era como si la difícil lucha que libraba para lograr de su madre la atención que necesitaba, la dejara sin suficiente energía libidinal como para catexiar adecuadamente al

mundo de personas distintas de la madre, sus funciones y otras autónomas y probablemente también su propio cuerpo, con un narcisismo (secundario) sano. Era por lo tanto incapaz de dedicarse a la exploración placentera y al dominio de su realidad en expansión. En todo caso, durante la primera subfase y al comienzo del período de ejercitación se veía a la niña sentada a los pies de su madre, implorándole y suplicándole con los ojos. La subfase de diferenciación duró mucho más en el caso de Anna que en el de sus coetáneas Margie y Matthew, aunque las funciones de su yo en sí mismas no dejaron de madurar.

El período de ejercitación de Anna se caracterizó por breves exploraciones de tanteo realizadas por su propia cuenta, en las que sólo se alejaba de los pies de su madre por cortos períodos. El período de práctica —el lapso en que los deambuladores investigan tanta libido en sus propias funciones autónomas y en su exploración de la realidad en expansión— fue transitorio y abreviado en el caso de Anna y careció de un desarrollo emocional en gran escala. La ausencia relativa de ese desarrollo echó luz sobre el rasgo principal de esta subfase, tal como nosotros la vemos: el gozoso investimento en el ejercicio de las funciones autónomas, especialmente la movilidad, hasta la casi total exclusión de un evidente interés en la madre en algunos momentos. Es esto, y no el desarrollo de las habilidades motrices por sí mismo, lo que caracteriza la subfase normal de ejercitación.

Cuando el niño, a través del proceso de maduración de su aparato locomotor, comienza a aventurarse alejándose cada vez más de los pies de la madre, está a menudo tan absorbido en sus propias actividades que por largos períodos de tiempo parece olvidado de la presencia de ésta. Sin embargo, vuelve periódicamente a ella, pues parece necesitar cada tanto su proximidad física.

La distancia óptima, en esta subfase temprana de ejercitación locomotriz, parece ser la que permite al gateador en movimiento y exploración, la libertad y oportunidad de realizar tales actividades a cierta distancia física de su madre. Debe notarse, sin embargo, que durante toda la subfase de ejercitación la madre es siempre necesaria como punto estable, como "base de operaciones" que satisface la necesidad de reabastecimiento mediante contacto físico. Vimos infantes de 7 a 10 meses que gateaban o hacían rápidos pinitos hacia la madre, parándose agarrados a las piernas de ésta, tocándola de otras maneras o simplemente apoyándose contra ella. Este fenómeno es el que Furer llamó "reabastecimiento o recarga emocional". Es fácil observar cómo el infante decaído y fatigado se anima y vigoriza en brevísimo tiempo luego de

<sup>1</sup> Comunicación personal.

ral contacto; después prosigue rápidamente sus exploraciones y queda de nuevo absorbido por su placer de funcionamiento.

El fenómeno de reabastecimiento parecía pasar por diferentes estadios y tenía distintas modalidades en cada niño, que a nuestro parecer se vinculaban estrechamente con la modalidad preferida de la madre. Una madre, por ejemplo, que daba gran valor al funcionamiento independiente, lograba con particular eficacia mantener contacto con su niño reabasteciéndolo a distancia. Cuando éste se le acercaba, era por lo general para breves períodos de contacto físico. Esta madre raramente se levantaba de su silla, donde estaba confortablemente sentada reparando la ropa de la familia y charlando con las otras madres. Parecía constantemente sintonizada con las necesidades de su hijito, aun a distancia.

En el caso de Jay, un niño cuya capacidad locomotriz se desarrolló muy precozmente, de modo que la capacidad de reabastecimiento de la madre hubiera sido de especial importancia, observamos lo siguiente: la madre de Jay creía que cualquier límite que se impusiera a su hijo interferiría en la eclosión de la personalidad e independencia de éste. Miraba aterrada mientras Jay pasaba por situaciones peligrosas. No podía mantenerse en contacto con él hablándole, pues no quería interferir con su "independencia". Aunque su madre lo vigilara ansiosamente desde lejos, Jay se sentía, y en cierta manera realmente estaba, abandonado por su madre, por más que ésta estuviera presente. Se ponía una y otra vez en situaciones peligrosas que no podía juzgar ni manejar; aunque sólo estuviera realizando actividades comunes, tenía particular tendencia a lastimarse. Una vez que se caía y estaba llorando, la madre se sentía autorizada a ayudarlo.

Mark era uno de esos niños que tenía la máxima dificultad para establecer una distancia manejable entre él y su madre. Esta se volvió ambivalente hacia él tan pronto como el niño dejó de ser parte de ella, es decir, de ser su niño simbiótico. A veces la madre parecía evitar el estrecho contacto corporal; otras, podía interrumpir a Mark en sus actividades autónomas para alzarlo, abrazarlo y tenerlo levantado. Lo hacía cuando ella lo necesitaba, no cuando él lo hubiera necesitado. Esta falta de empatía por parte de la madre puede haber sido lo que dificultó a Mark funcionar a distancia de ella.

Durante la primera subfase de ejercitación, luego del tira y afloja inicial para separarse de la madre y acceder al mundo exterior, la mayoría de los niños parecían pasar por un breve período de aumento de la ansiedad de separación. El hecho de que fueran capaces de alejarse e independizarse de la madre, y de seguir sin embargo conectados con ella —no físicamente, sino desde las modalidades de distancia con-

sistentes en ver y oír—, hacía que el uso logrado de estas modalidades de distancia resultara extraordinariamente importante por un tiempo. A los niños no les gustaba perder de vista a la madre; podían quedarse mirando tristemente la silla vacía de ésta, o hacia la puerta por la cual ella se había ido.

### La subfase de ejercitación propiamente dicha

Con el estímulo de las funciones autónomas, tales como la cognición, pero especialmente la locomoción vertical, comienza el "idilio con el mundo" (Greenacre, 1957). El deambulador da el paso máximo en la individuación humana. Camina libremente en postura vertical. Así, cambia el plano de su visión; desde una posición estratégica enteramente nueva descubre perspectivas, placeres y frustraciones inesperados y cambiantes. Hay un nuevo nivel visual proporcionado por la posición vertical, bípeda.

Durante estos preciosos 6 a 8 meses (de la edad de 10 o 12 meses a 16 o 18 meses), el mundo es la ostra del deambulador incipiente. La catexia libidinal se desplaza sustancialmente y pasa al servicio del yo autónomo en rápido desarrollo y de sus funciones, y el niño parece embriagado por sus propias facultades y por la magnitud de su propio mundo. ¡El narcisismo alcanza su nivel máximo! Los primeros pasos independientes del niño en posición vertical señalan el comienzo del período de ejercitación locomotriz por excelencia, con una ampliación sustancial del mundo y de la prueba de realidad. En ese momento comienza un investimiento libidinal en continua progresión que se aplica a las habilidades motrices de la ejercitación y a la exploración del ambiente que se va ampliando, tanto en el mundo humano como en el inanimado. La principal característica de este período de ejercitación es el gran investimiento narcisístico del niño en sus propias funciones, su propio cuerpo, y los objetos y objetivos de su "realidad" en expansión. Junto con esto, vemos una gran impermeabilidad a los golpes y caídas y demás frustraciones, tales como el arrebatamiento de un juguete por otro niño. Los adultos sustitutos que les resultaban familiares dentro del ambiente de nuestro jardín eran aceptados con facilidad (en contraste con lo que ocurre durante la subfase siguiente de la separación-individuación).

El deambulador en suave proceso de separación e individuación encuentra un solaz narcisístico para compensar las amenazas mínimas de pérdida de objeto —que probablemente cada paso nuevo del desarrollo progresivo trae consigo— en las funciones de su yo, en rápida evolución. El niño se concentra en la ejercitación y dominio de sus propias habilidades y capacidades autónomas (independientes de otros

o de su madre). Sus propias habilidades lo regocijan, está continuamente deleitado con los descubrimientos que realiza en su mundo en expansión, y casi enamorado de ese mundo y de su propia grandeza y omnipotencia. Podríamos considerar la posibilidad de que la exaltación de esta subfase tenga que ver no sólo con el ejercicio de los aparatos del yo, sino también con la alborozada huida de la fusión con la madre y del engolfamiento en ella. Desde este punto de vista consideraríamos que, así como los juegos de escondidas del infante parecen volver activas la pérdida y recuperación pasivas del objeto gratificador de necesidades y luego del objeto de amor, otro tanto ocurre con el constante escape del infante hasta que su madre lo atrapa y alza, que vuelve activo el temor pasivo de ser reengolfado por la madre. Esta conducta reasegura también al niño de que la madre *desea* atraparlo y alzarlo en brazos. No es necesario suponer que tal conducta está destinada a servir a tales funciones cuando comienza a surgir, sino sólo que produce estos efectos y luego puede ser intencionalmente repetida.

### La importancia de la locomoción vertical libre: la marcha

La importancia de la marcha para el desarrollo emocional del niño es tan grande que no se la puede sobreestimar. La marcha proporciona al deambulador un enorme aumento de descubrimientos y pruebas de realidad del mundo mediante su propio control y dominio mágico. Como dice Greenacre, está "también asociada con una oleada de regocijo corporal general y de responsividad sensorial, que acompañan al logro de la posición vertical y de la marcha" (1968, pág. 51).

Debemos mencionar brevemente aquí el hecho de que el niño descubre su pene, aunque lo examinaremos con mayor detalle en el contexto de la identidad sexual (véase pág. 119). El pene es generalmente descubierto unas pocas semanas antes, como un órgano de exquisita sensibilidad y productor de placer, cuyo movimiento, sin embargo, no está sujeto al dominio yo. Luego de asumir la posición vertical, el niño puede ver su pene "desde más ángulos y posiciones que antes, y el acrecentado interés en la micción le agrega un mayor estímulo e importancia como parte del cuerpo" (Greenacre, 1968, pág. 51).

Hemos descubierto que tanto en niños como en niñas, en el mes mismo que sigue al logro de la locomoción activa libre, la afirmación de la individualidad avanzaba a pasos agigantados. Esto parece ser el primer gran paso hacia la formación de la identidad.

La renuncia de la madre a la posesión del cuerpo del infante, tanto varón como mujer, en este período es en su mayor parte casi automática,

aunque a veces se la expresa verbalmente como una necesidad que se deplora. La madre de Barney decía: "Cuando él se aleja corriendo de mí en el parque y tengo que llevarlo alzado, con su cuerpecito pesado, de vuelta a casa, me digo, 'Mejor que disfrutes de esto, no durará mucho, no lo llevarás en brazos mucho tiempo más'".

Fue E. J. Anthony (1971) quien reconoció la pertinencia de un texto de Kierkegaard en que éste, en hermosas frases, nos presenta una perspicaz descripción de la necesidad de apoyo emocional materno que tiene el niño cuando comienza a caminar libremente. Anthony cita los siguientes pasajes para ilustrar el hecho de que "la influencia de una madre perturbada y perturbadora sobre la individuación de su hijo está en agudo contraste con la de la madre común 'bastante buena'" (pág. 262):

La madre amante enseña a su hijo a caminar solo. Está bastante lejos de él, de modo que en realidad no puede servirle de sostén, pero le tiende los brazos. Ella imita los movimientos del niño, y si éste tambalea, se inclina rápidamente como para agarrarlo, de modo que el niño puede creer que no está caminando solo... Y sin embargo, la madre hace más aun. Su rostro anuncia una especie de recompensa, de aliento. Así, el niño camina solo con sus ojos fijos en el rostro de su madre, no en las dificultades de su camino. Lo apoyan brazos que no lo agarran, y se esfuerza constantemente por alcanzar el refugio del abrazo de su madre, casi sin sospechar que en el momento mismo en que insiste en que la necesita, está demostrando que puede valerse sin ella, porque está caminando solo (Kierkegaard, 1846, pág. 85).

Pero en el caso de la otra madre, la situación es muy diferente:

No hay ninguna señal de aliento, ninguna bendición al final del recorrido. Hay el mismo deseo de enseñar al niño a caminar solo, pero no como lo hace la madre amante. En efecto, hay ahora temor, que envuelve al niño. Ese temor lo abruma y no lo deja avanzar. Hay el mismo deseo de guiarlo a la meta, pero la meta se vuelve de repente aterradora (Kierkegaard, 1846, pág. 85).

Anthony continúa con sus propias palabras:

El temor, la ambivalencia, la hostilidad inconsciente, la necesidad de encapsular, impiden que el niño se lance a caminar por su cuenta. Con su delicada penetración, Kierkegaard cristaliza los momentos del desarrollo en que el deambulador siente el tironeo al separarse de su madre y afirma al mismo tiempo su individuación. Es una experiencia mixta de enorme satisfacción evolutiva, pues el niño demuestra que puede y no puede hacerlo sin su madre, y su madre demuestra que ella puede y no puede dejarlo caminar solo (Anthony, 1971, pág. 263).

Al hablar de situaciones de *folie à deux*, Anthony sigue diciendo: "La madre psicótica llena estos momentos con aprensión, de modo que el niño no sólo no tiene adónde ir, sino que teme llegar a cualquier parte".

Ya muy avanzado nuestro estudio llegamos a comprender que es más bien la regla que la excepción que los primeros pasos sin ayuda que da el niño siguen una dirección que lo aleja de su madre u ocurren durante la ausencia de ésta; esto contradice la creencia popular (reflejada por Kierkegaard, entre otros poetas), de que los primeros pasos se dan en dirección a la madre. La significación de este fenómeno merece un mayor estudio.

Muchas de las madres parecían reaccionar ante el hecho de que sus hijos se alejaran, ayudándolos a hacerlo, esto es, dándoles un suave, o quizás menos suave, empujoncito, como la madre ave alentaría al pichón. Las madres se interesaban en general mucho por el funcionamiento de sus hijos en este aspecto, pero a veces lo hacían también con críticas. Comenzaban a comparar notas, y mostraban preocupación si sus hijos parecían quedar rezagados. En el caso de muchas madres, la preocupación llegaba a concentrarse especialmente en el afán de que sus hijos caminaran. Una vez que conseguían hacerlo alejándose a cierta distancia, era como si repentinamente la madre comenzara a preocuparse por si el niño sería capaz de "lograrlo" ahí afuera, en el mundo, en que tendría que valerse por sí mismo. La locomoción vertical libre parece transformarse para muchas madres en la prueba suprema del hecho de que el infante "lo logró".

En el curso del período de ejercitación propiamente dicho, nos impresionó el efecto de tremendo regocijo, en verdad espectacular, que la locomoción vertical producía sobre el humor general del infante cuadrúpedo, que hasta entonces también había estado muy ocupado. Nos dimos cuenta de su importancia para el logro de la "experiencia de nacimiento psicológico"; la "ruptura del cascarón", a través de observaciones inesperadas y de ocurrencia regular de secuencias conductuales, y comparándolas con la obra de Phyllis Greenacre (1957) sobre la niñez del artista. ¡Nos pareció que la mayoría de los deambuladores en período de ejercitación también tenían "un idilio con el mundo"!

En los casos en que se demoraba el influjo de la capacidad de libre locomoción del niño, el regocijo obligatorio ocurría más tarde que lo usual. Así, este fenómeno parecía estar definitivamente vinculado con, y depender de, la función de actividad locomotriz libre, en relación con el estadio de desarrollo de otras funciones parciales autónomas del yo.

En síntesis, la marcha parece tener un gran significado simbólico tanto para la madre como para el deambulador: es como si el deambulador que camina solo hubiera demostrado, al lograr la locomoción vertical independiente, que ya puede incorporarse con derecho al mundo de seres humanos independientes. La expectación y confianza que la

madre trasunta cuando siente que su hijo es capaz de "lograrlo" ahí afuera, parece ser un importante desencadenante del sentimiento de seguridad en sí mismo que experimenta el niño, y quizás también el aliento inicial que lo impulsa a intercambiar parte de su omnipotencia mágica por el placer de la propia autonomía y de su creciente autoestima.

### La bajada de tono

La mayoría de los niños que estaban en la subfase de ejercitación propiamente dicha parecían tener períodos importantes de regocijo, o por lo menos de relativa exaltación. Eran impermeables a los golpes y caídas, y sólo *les bajaba el tono* cuando se daban cuenta de que su madre no estaba en la habitación. En esas oportunidades, disminuía su movilidad gestual y de actuación, se reducía su interés en el ambiente, y parecían estar preocupados con una atención concentrada hacia adentro, con lo que Rubinfine (1961) llamó "evocación de imágenes".

Nuestras inferencias acerca del estado que hemos denominado de "bajada de tono" derivan de dos fenómenos recurrentes: 1) si una persona que no era la madre trataba activamente de consolar al niño, éste perdía su equilibrio emocional y rompía a llorar; y 2) el estado de "bajada de tono" del niño terminaba visiblemente en el momento de su reencuentro con la madre que había estado ausente por un breve lapso, aunque a veces no antes de que un corto llanto liberara la tensión acumulada. Estos dos fenómenos corroboraron nuestra idea de que hasta ese punto el niño *había estado* en un especial "estado del yo": esta bajada de tono y la "evocación de la imagen" de la madre que de ella se infiere, recuerda una depresión anaclítica en miniatura.<sup>2</sup> Tendemos a ver en este hecho el esfuerzo del niño por asirse a un estado de la mente que Joffe y Sandler (1965) denominaron "el estado ideal del yo", muy afín a lo que Kaufman y Rosenblum (1968) llamaron "retracción de conservación" en monos.

Algunos niños parecían transitoriamente muy abrumados por el temor de la pérdida de objeto, de modo que el "estado afectivo de añoranza filtrado por el yo" corría peligro de transformarse muy abruptamente en llanto desesperado. Esto es lo que ocurría con Barney durante el breve período en que su "individuación" aún no acompañaba a su estímulo maduracional de locomoción, que sirve para la separación. Por un tiem-

<sup>2</sup> Aunque en forma distinta, esta recuperación de la madre ausente en un estado de vigilia y bajo tono, en que se evocan imágenes, tiene su paralelo en las exposiciones de Lewin (1946) y de Isakower (1938) acerca de la evocación de los antiguos "mundos perdidos" en los sueños y del estado de quedarse dormido.

po este niño fue incapaz de enfrentarse emocionalmente con la experiencia de las separaciones autoinducidas de la madre en el espacio. Se quedaba visiblemente aturdido cuando se golpeaba y notaba que su madre no se hallaba automáticamente junto a él.

Nuestros datos, con sus abundantes detalles, han demostrado inequívocamente que ocurría regularmente una combinación de factores, a partir de los cuales deducimos que había una conciencia naciente de pérdida de la mitad simbiótica maternante del yo. La conducta siguiente, de bajada de tono, tenía diferentes matices en cada niño cuando se los comparaba entre sí y a cada uno consigo mismo a lo largo del tiempo.

Hemos establecido que esta añoranza del estado de bienestar y de unidad o cercanía con la madre faltaba de un modo característico en niños cuya relación simbiótica se había prolongado indebidamente o había sufrido perturbaciones: por ejemplo, en el niño que tenía una simbiosis exageradamente estrecha y parasitaria con su madre, y en la niña cuya relación madre-hija era lo que Robert Fliess (1961) llamó *asimbiótica*. Parecía disminuida e irregular en niños en los que la relación simbiótica con la madre se frustraba porque ésta en parte engolfaba y en parte rechazaba al niño, con su conducta impredecible e impulsiva.